



Markus Bockmuehl,

*Simon Peter in Scripture and Memory.
The New Testament Apostle in the Early Church,*

Grand Rapids 2012, xvi + 223 pp.

Santiago Guijarro Oporto
Universidad Pontificia de Salamanca

La investigación sobre la figura de Pedro que Marcus Bockmuehl ha venido desarrollando desde hace más de diez años se ha plasmado en dos volúmenes. El primero (*The Remembered Peter: in Ancient Reception and Modern Debate*, Tübingen 2010) es más técnico y minucioso. Este segundo, sin embargo, pretende trasladar dicha investigación al gran público, sintetizando algunos de los aspectos estudiados en el primero, y ofreciendo una visión más panorámica y completa de la figura de Pedro tal como aparece en el Nuevo Testamento y tal como fue recibida y recordada en el siglo II. Es un libro importante, que aparece en un momento en el que el interés por el príncipe de los apóstoles se ha acrecentado entre los estudiosos, sin duda como respuesta a las cuestiones que plantea en la vida de las iglesias cristianas la comprensión y el ejercicio del ministerio petriño.

Tras una breve introducción, en la que se le informa al lector sobre la historia y el contexto de la obra, el cuerpo del libro se despliega en tres partes desiguales en su extensión. La primera de ellas (Pedro en el canon y en la memoria) asienta los criterios de la investigación. La segunda (Pedro en la “memoria viva” de oriente y occidente) es la más extensa y constituye el cuerpo de la obra. La tercera, en fin (Historia y memoria: dos ejemplos) se centra en dos aspectos concretos para mostrar el valor heurístico de la perspectiva adoptada. Unas observaciones conclusivas resumen al final los resultados y se preguntan por su alcance. El libro se completa con una lista de la bibliografía citada y una serie de índices (citas, autores, temas).

La primera parte consta de dos capítulos. El primero de ellos (Simón Pedro... en la memoria viva?) aborda una cuestión metodológica previa que es decisiva para comprender la orientación del libro. Aunque tenemos muy pocos datos sobre Pedro y su vida en las fuentes más antiguas, se puede rastrear una memoria sobre él que permaneció viva hasta finales del siglo II. Teniendo en cuenta

los estudios sobre la memoria social (Halbwachs, Nora, Assmann etc), Bockmuehl sugiere que esta “memoria viva” puede ser un instrumento privilegiado para reconstruir un perfil completo y equilibrado de la figura de Pedro, sobre todo teniendo en cuenta que en aquella época el testimonio vivo era incluso más importante que los textos escritos (Papías, Justino, etc).

El segundo capítulo (Pedro en el Nuevo Testamento: una visión panorámica) es una recopilación de los datos que ofrecen sobre él los escritos canónicos. Es un repaso somero en el que interesa, sobre todo, hacer un elenco de los datos sin calibrar aún su valor. Los evangelios, por ejemplo, se tratan como un bloque, sin entrar en las diferentes imágenes que presentan sobre Pedro, cosa que hará con detalle en la segunda parte. Esta visión de conjunto sirve como referencia para ver cómo evoluciona la imagen del Pedro en los dos primeros siglos, que es el objeto de la segunda parte.

La segunda parte, que como ya hemos dicho es la más extensa, pone en práctica la tesis esbozada en el capítulo primero. En ella, en efecto, se indaga sobre la figura de Pedro tomando como punto de partida no solo los textos primarios, sino también aquellos en los que aparece reflejada una memoria viva sobre él. El autor establece una distinción fundamental entre oriente y occidente, y en ambos casos comienza con las noticias más recientes y va retrocediendo hasta las más antiguas, analizando solo los testimonios más importantes.

El capítulo tercero, que es el primero de la segunda parte, está dedicado al “Pedro oriental”. Aunque el apóstol vivió la mayor parte de su vida en Siria, la memoria local sobre él en aquella región es escasa, si exceptuamos la vinculada a su casa en Cafarnaún. Hay referencias en la literatura del siglo II: Serapión sobre el Evangelio de Pedro, Ignacio de Antioquía, Papías de Hierápolis, los evangelios apócrifos judeocristianos y los escritos pseudoclemtinos. Sin embargo, los principales testimonios se encuentran en los escritos orientales del Nuevo Testamento. A finales del siglo I, el Evangelio de Juan, a pesar de la primacía del Discípulo amado, ofrece interesantes informaciones sobre él especialmente en el capítulo 21, donde Jesús le encomienda la tarea de apacentar su rebaño, asignándole así una función que antes había declarado como propia (Jn 10). El Evangelio de Mateo, compuesto en esta región, refleja una memoria viva en la que Pedro aparece como el mediador de la tradición sobre Jesús, sobre todo en las cuestiones prácticas que afectan a la vida de la Iglesia. La tradición de Mt 16, 17-19, al igual que otros pasajes propios de Mateo protagonizados por él, forma parte de esta memoria viva y es coherente con otras noticias antiguas acerca del papel preeminente de Pedro (Gál 1-2; Jn 21). El testimonio de Mateo nos acerca más a Pedro y a su mundo que el de Marcos: es el discípulo que quiere seguir a Jesús a pesar de sus fallos, y aquel a quien Jesús encomendó una tarea única en su iglesia. Finalmente, la Carta a los Gálatas ha conservado los recuerdos más antiguos sobre Pedro, unos recuerdos que hablan, sobre todo, acerca de la relación de Pablo con él. En conjunto llama la atención la escasez de memorias so-

bre Pedro en oriente, aunque hay que reconocer que en ellas aparece como una figura clave tanto para los grupos ortodoxos como para los heterodoxos.

El capítulo cuarto, paralelo al anterior se centra en la memoria sobre Pedro en occidente. Lo primero que llama la atención es que aquí se generaron más memorias locales, sobre todo en Roma, donde varios lugares recordaban ya en el siglo II su presencia. En el siglo II, Dionisio de Corinto da por sentado que Pedro y Pablo son las columnas de las iglesias de Corinto y de Roma. Marción, sin embargo, no menciona ningún recuerdo sobre Pedro, a pesar de que su lugar de origen está relacionado con una misión petrina (1Pe 1, 1). Es interesante el testimonio de Flegón de Trales, un autor pagano que atribuye a Jesús recuerdos de Pedro, poniendo así de manifiesto que estos se habían difundido incluso fuera de los círculos cristianos. Ya en el siglo I, los testimonios se multiplican. La Primera carta de Clemente menciona como algo conocido la muerte de Pedro y Pablo en Roma. Por su parte, la obra lucana, compuesta muy probablemente en Roma, podría haber conservado una memoria viva sobre Pedro, sobre todo en el libro de los Hechos. En el evangelio tan solo encontramos un recuerdo propio en el dicho sobre la conversión de Pedro y su función con respecto a los demás discípulos (Lc 22, 31-32) que, al igual que Mt 16 y Jn 21, le asigna un ministerio peculiar. En Hechos, sin embargo, el ministerio de Pedro durante la generación apostólica es paralelo al de Pablo en una trayectoria que parece tener como meta la ciudad de Roma. Vinculada también a la capital del imperio, la Primera carta de Pedro conserva una memoria viva que relaciona a Pedro con una misión en el Ponto. El Evangelio de Marcos, también vinculado a Roma según una opinión extendida, es el relato más antiguo sobre Jesús. Aunque en él la figura de Pedro aparece a veces con tintes negativos, es evidente que es el texto que contiene más datos sobre él. Con todo, los recuerdos más antiguos son los que se han conservado en las cartas de Pablo, sobre todo en la Primera carta a los corintios, donde se le menciona tres veces, aludiendo a su condición de primer testigo de la resurrección (1 Cor 15, 5). Sorprende, no obstante, que Pablo no lo mencione en la Carta a los romanos, tal vez un gesto de prudencia ante una comunidad que no conocía. En todo caso, a pesar de la tensión que refleja la Carta a los gálatas (Gál 2, 11-14), las referencias en 1 Cor reflejan un clima de colaboración. Este amplio capítulo concluye examinando los testimonios sobre Roma: su geografía cristiana, las excavaciones en la colina vaticana, etc.

La tercera parte del libro tiene también dos capítulos. En el primero de ellos, que es el quinto del libro (Cómo se hizo Pedro discípulo), trata de mostrar con un ejemplo concreto, cómo la memoria viva puede ayudar a aclarar aspectos que están implícitos en el texto. Partiendo del enigmático dicho lucano sobre la conversión de Pedro (Lc 22, 31-32), se pregunta cómo y cuándo se dio este cambio que no aparece en los evangelios. Recurre para ello a la historia de la recepción, donde el canto del gallo se relaciona con la resurrección de Jesús, y donde encontramos la escena del encuentro con el Resucitado cuando huía de Roma. Este encuentro con el Resucitado aludido también en 1 Pe 1, 3 y en Jn 21, aclara

lo que el dicho lucano parece sobreentender, mostrando así como la historia de la recepción puede ayudar a clarificar aspectos importantes de la memoria de Pedro.

El capítulo séptimo (Desde un lugar de origen improbable hasta la misión universal) trata de iluminar la misión llevada a cabo por Pedro indagando sobre sus orígenes en Betsaida (Jn 1, 44). Después de examinar las tradiciones bíblicas sobre la actuación de Jesús en dicha ciudad, analiza los resultados de las excavaciones arqueológicas con notable agudeza (sugiere, por ejemplo que las dos localizaciones de et-Tell y el-Araj podrían estar vinculadas como ocurre con otras ciudades del lago). Se pregunta por qué se trasladó Pedro a Cafarnaún (quizás por motivos religiosos, ante la creciente helenización de Betsaida). En todo caso, la experiencia de haber vivido en una polis griega como parte de una minoría religiosa le preparó para una misión a los paganos mejor que a otros discípulos de Jesús.

En las observaciones con las que concluye el estudio el autor hace un resumen de los principales resultados, anota las implicaciones de este tipo de estudio, y aborda una cuestión que ha ido dejando al margen de forma explícita, aunque implícitamente ha estado presente en toda su investigación: la continuidad del ministerio petrino. Se trata de un tema muy debatido entre católicos y protestantes que ya planteó abiertamente Oscar Cullmann (1952). La perspectiva adoptada en este estudio abre un nuevo horizonte a este debate al mostrar que “la memoria de Pedro encarna el arquetipo de una ministerio apostólico al servicio de toda la iglesia, la tarea de un servicio pastoral que seguirá existiendo mientras exista la iglesia.” (p. 183).

La investigación del profesor Bockmuehl y sus resultados merecen una atenta consideración. No solo porque abordan un tema de gran actualidad, sino porque lo hacen con una gran originalidad metodológica, que permite valorar desde otro ángulo las noticias más antiguas sobre el ministerio petrino. Estas noticias tienen un valor fundacional para las iglesias cristianas y, por tanto, la discusión sobre ellas es un asunto del máximo interés.

El aspecto más novedoso de esta propuesta radica en el método utilizado. Hay que dar la bienvenida a la incorporación de la “memoria viva” como un elemento que puede ser utilizado en la reconstrucción crítica del pasado. Es algo que se viene haciendo hace tiempo en otros ámbitos de la investigación histórica. La fusión de horizontes entre metodologías y acercamientos tradicionales, como la crítica literaria o el análisis redaccional, con otros más recientes, como la historia de la recepción y del influjo de los textos, es también un elemento muy positivo de la propuesta metodológica que subyace a este libro.

Sobre los análisis concretos, en general muy precisos y agudos en sus observaciones, podrían hacerse, sin embargo, algunas observaciones críticas que apoyarían aún más la tesis del libro. Así, por ejemplo, al hablar de Jn 21, un texto de

enorme importancia para precisar el contenido y el alcance del ministerio petri-
no (pp. 64-66), no se subraya suficientemente el hecho de que este capítulo fue
añadido al evangelio joánico con la intención precisa de vincular las comunida-
des joánicas, representadas por el Discípulo amado, a la gran iglesia, represen-
tada por Pedro. Este hecho pone de manifiesto el lugar de preeminencia que
éste último había adquirido a finales del siglo I.

Llama también la atención que el autor no haya juzgado necesario discutir el
lugar de composición del Evangelio de Marcos, como hace a propósito de Ma-
teo y de la obra lucana. En este caso, sin embargo, asume una opción que, de
hecho, es discutida con buenos argumentos en la investigación actual (p. 131).
Situación la composición de este evangelio en Roma, como hace el autor, tiene im-
portantes consecuencias a la hora de precisar el contraste de la imagen de Pedro
en oriente y en occidente. Hay argumentos para pensar que Marcos pudo haber
sido compuesto en Palestina (el autor reconoce que la imagen que aparece de él
en Marcos tiene un colorido palestinese), y haberse difundido después desde
Roma. De haber sido así, este hecho tendría interesantes consecuencias para la
tesis de Bockmuehl, pues permitiría establecer una conexión entre Palestina y
Roma similar a la que aparece en el relato de Hechos.

Por último, en diversos lugares del libro se hace referencia a la casa de Pedro en
Cafarnaún (pp. 38, 71, 95, 96, 99, etc), pero no se examinan con detalle los datos
de las excavaciones realizadas en ella. La vinculación de la llamada "insula sa-
cra" con la casa de Pedro se basa en dos referencias de peregrinos antiguos y en
la mención del nombre de Pedro en dos de los *graffiti* catalogados por E. Testa
(el nº 47 y el nº 152), el primero de los cuales muy probablemente no reproduce
el nombre del apóstol, sino el de un peregrino. El segundo, lo mismo que las
noticias de Egeria y del Peregrino de Piacenza, vincula el nombre de Pedro a la
memoria conservada sobre él en Roma, lo cual podría hacer pensar que el único
lugar de la memoria de Pedro en Palestina nació como consecuencia de la bús-
queda de los peregrinos que, al llegar a Cafarnaún, preguntaban por la casa de
Pedro. Si fuera así, este análisis reforzaría la tesis de la escasez de memorias
sobre Pedro en oriente, así como la importancia de las memorias romanas. De
hecho, este *graffitto* es el único escrito en latín en la así llamada casa de Pedro.

Estas observaciones no disminuyen en absoluto el valor del libro. Más aún, al-
gunas de ellas, como ya he dicho, contribuirían a reforzar sus conclusiones. Hay
que agradecer al prof. Bockmuehl el esfuerzo de todos estos años de investiga-
ción que le han permitido ofrecernos un estudio serio y responsable sobre la
figura de Pedro, contribuyendo así a orientar en algunos aspectos fundamen-
tales la discusión entre las iglesias cristianas acerca del ministerio petrino.